

LA BELLA EXTRANJERA
Praga y el desarraigo

Monika Zgustova



© Monika Zgustova
© de esta edición: Báltica Editorial
© de la cubierta: Fernando Ampudia

Maquetación: Prema Served, www.premaserved.com
Impresión: Estugraf Impresores S.L.
Pol. Ind. Los Huertecillos, Calle Pino, nº5, 28350 Ciempozuelos, Madrid

ISBN: 978-84-122326-2-2
DL: M-2805-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.Cedro.org) si necesita fotocopias o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Un café con los escritores de Praga	7
Praga y Europa, la risa y el olvido	27
Paseo por las ruinas del Imperio austrohúngaro	29
Europa y el olvido	35
Lo que se llevó aquel agosto de 1968	41
Cuando el desarraigo se convierte en literatura ...	47
La risa de los vencidos	49
Marina Tsvetáieva, la enamorada de Praga	55
Toyen, la pintora nacida de una pompa de jabón	65
Milan Kundera, el imposible retorno a Praga	73
Memoria del exilio interior	83
Ludvík Vaculík y Radka Denemarková en la ciudad de Odradek	87
Milena Jesenská, un mito kafkiano	91
Una conversación con Václav Havel	103
Bohumil Hrabal y el espíritu del siglo XX	111
Una cena con Bohumil Hrabal ante un cuadro de Tàpies	117



UN CAFÉ CON LOS ESCRITORES DE PRAGA






Estamos en Praga, a comienzos de la década de los años veinte del siglo pasado. El día ha sido frío, la lluvia cae sobre los bajos techos de los barrios antiguos de Staré Město y Malá Strana. Nos detenemos en medio del puente de Carlos para admirar el panorama de las torres góticas y el Castillo. En esta lluviosa tarde de noviembre, el puente está desierto.


De golpe, unos pasos cerca. Miramos a la izquierda y descubrimos a un soldado, de aspecto ridículo, con su uniforme demasiado amplio; otros dos soldados, uno espigado, otro regordete, lo conducen desde el Castillo al barrio de Staré Město, o Ciudad Vieja; los tres conversan animadamente y ríen. Al desviar la mirada a la derecha, observamos a otro trío: dos personas con aspecto anónimo acompañan, en dirección contraria a la de los soldados, a un hombre con aire de oficinista, pálido como si fuera la muerte. Ambos hombres bajo vigilancia, el soldado y el oficinista, se encuentran en medio del puente, se miran, se reconocen, pero cada uno sigue demasiado absorto en sus pensamientos como para interesarse por el otro.

Sí, el primero de ambos personajes, el risueño, es el buen soldado Švejk, protagonista de la novela homónima






de Jaroslav Hašek, al que los soldados acompañan a casa del capellán castrense. El oficinista pálido es Josef K., protagonista de *El proceso*, de Franz Kafka, al que conducen en dirección contraria, de Staré Město al Castillo, para, una vez allí, ejecutarlo. Este encuentro que acabamos de presenciar en nuestra imaginación de lectores es el encuentro de la literatura escrita en checo con la del idioma alemán, ambas activas en Praga, representadas por sus mayores escritores: Hašek y Kafka.



Las dos culturas, la checa y la germana, convivían en la Praga del primer cuarto del siglo XX. Ambas, como el buen soldado Švejk y Josef K., se veían, se reconocían, se respetaban, pero cada una seguía su propio camino a través de una tradición, unos puntos de referencia y unas fuentes de inspiración diferentes.



Demos un paseo por las calles principales de la capital. En la avenida de Ferdinand, hoy Národní, solo se escucha el checo. Al atravesar la plaza de Wenceslao, que parece más bien una amplia avenida, llegamos a la calle Na Příkopěch, que antes de la Gran Guerra se llamaba Am Graben, y donde los elegantes señores y señoras que deambulaban por allí conversaban en alemán.

Uno de los encantos de la Praga de aquel tiempo era su multiculturalidad, hechizo que se perdió, con

el acceso al poder de Hitler. La Praga de las primeras décadas del siglo XX tenía menos de un millón de habitantes; en ella residían unos 415 000 checos y 34 000 germanohablantes, de los cuales 25 000 eran judíos. Aunque pequeña en número, la minoría alemana era económicamente poderosa y culturalmente fuerte: poseía dos grandes y esplendorosos teatros, una espaciosa sala de conciertos, una universidad, nueve institutos de enseñanza media y dos periódicos.

Alemanes, checos, judíos, católicos, protestantes, anarquistas y republicanos, todos convivían entre los muros ennegrecidos de las callejuelas sinuosas de la Praga gótica, las cuales estaban dominadas por las fantasmagóricas estatuas barrocas de los santos que se retorcían, enfáticamente, como un ejército de fanáticos de Savonarola.

¿Cómo se relacionaban los checos y los germanohablantes? Según el escritor Egon Erwin Kisch, al igual que a un checo no se le ocurriría nunca entrar en un café alemán, un alemán jamás hubiera tomado una copa de coñac en un café checo. Cada uno de los dos grupos lingüísticos tenía sus restaurantes, casinos, jardines públicos, hospitales y hasta depósitos de muertos diferentes.

Sin embargo, el escritor Max Brod, amigo y biógrafo de Kafka, matiza esta situación. Brod dice literalmente: «Los escritores en lengua alemana manteníamos con los checos muy buenas relaciones de vecindad y adorábamos a los poetas checos; no hubo nada que nos separara, ninguna frontera, nin-

gún aislamiento. Todos dominábamos el checo que para nosotros era tan importante como el alemán». La única excepción, según Brod, era el escritor Franz Werfel, que sabía el checo de manera superficial, pero incluso él se entusiasmaba con la poesía checa y escribió el prólogo a la traducción alemana del poeta Petr Bezruč, contemporáneo suyo.

Brod llama a Praga la «ciudad polémica». Se refiere a su unicidad de capital formada entre la convivencia y las disputas de distintos grupos étnicos, lingüísticos y religiosos. Mientras que muchos escritores anteriores a Brod y Kafka, tanto checos como alemanes, se posicionaban en un nacionalismo exclusivista y militante, su generación alcanzó una postura tolerante y de comprensión mutua entre los distintos grupos.

Para describir la relación de los tres grupos nacionales en la «ciudad polémica», Max Brod forjó el término *Distanzliebe*, amor a distancia. Lo define de la manera siguiente: «Allí donde hay distancia, naturalmente no puede haber amor. Y donde hay amor no puede haber distancia. Pero la fuerza del conocimiento y del amor supera esta paradoja. Y puesto que la distancia no se puede franquear con bellas frases, nuestro encuentro tiene lugar en los niveles más profundos del alma».
